

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LA FORMIDABLE CATASTROFE DEL TRIUNFO DEL PATRIOTISMO



MAUCCI HOS MEXICO

***** BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO *****
Tercera serie.— Después de la conquista

La formidable catástrofe

ó

¡El triunfo del patriotismo!

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1

1900

Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.



LA FORMIDABLE CATÁSTROFE



Estamos enfrente del último «teocalli» de los aztecas, pero uno de aquellos templos dorados más allá de la capital, con atrios sobre la más alta meseta de un picacho, allí en las abruptas sierras de Oaxaca...

¡El «teocalli» va á morir!

¡Está sentenciado á muerte el templo!

¿Por qué?—preguntaréis, amiguitos míos.

Pronto lo vais á saber...

¡Estremeceros!... ¿Por qué va á sucumbir el templo?...

¡Por el heroismo del valiente defensor que se opone á entregarlo!

¡Cosas tremendas; luchas entre españoles y aztecas; entre mistecas bravías y adalides castellanos, causaron torrentes de sangre. allá en las selvas de las «Mixtecas», allá donde aún quedaba un resto del poder de los mexicanos!...

* * *

¿Os acordáis amiguitos, del sitio de «Tenochtitlán»? ¿Os acordáis de aquella terrible defensa de la capital del imperio «tenochca», cuando el grande, el magnífico y sobrehumano príncipe «Cuanhtemoc» hizo prodigios de extremo valor, prolongando la agonía de la ciudad para resistir más tiempo á los impetuosísimos asaltos de los españoles que iban vestidos de hierro, montaban briosos monstruos ligeros y hacían verter rayos de fuego y muerte á sus máquinas infernales, mientras detrás de tan bravos combatientes se apercibían á las continuas batallas, centenares de miles de aliados, millares y millares de «tlaxcaltecas» traidores á su raza, y otros tantos hijos del reino de «Texcoco», aun más traidores que los de «Tlaxcalla», porque ellos también traicionaban al mismo imperio, del cual formaban parte?... ¿Os

acordáis de todos aquellos heroismos que desplegaron los mexicanos defendiendo la ciudad portentosa—reina de los lagos y de los jardines y floridas «chinampas»?—¡Oh, sí! ¿Os acordáis de las proezas del emperador y caudillo «Cuanhtemoch», haciendo de su macana larga, pesada y de agudísimos filos, macana que perteneció al mismo «Axayacatl», haciendo de semejante arma poderosísima un verdadero rayo de muerte y constante exterminio? ¿Os acordáis de tan inolvidables heroismos en el sitio de «Tenochtitlán»?...

¿Verdad que sí?...

Pues bien, amiguitos; sabed que delante de la montaña del «Pájaro Negro», situada entre lo más intrincado de la Sierra de los Mixtecas, en lo que ahora pertenece al estado de Oaxaca, se hallaban diez mil aliados indios enemigos de los valientes hijos de las razas de los reyes «Cooxiipoopii»...

Con los aliados de los españoles iban jefes valientes también de otras tribus que se habían unido á los españoles, después de que éstos habían triunfado, apoderándose de la ciudad, capital del imperio de Moctecuhzma!...

Muchos jefes españoles, bien provistos de secciones desprendidas del centro donde tenía su campamento Cortés, que gobernaba desde Cerpoacan, dirigiendo á sus capitanes á las mejores conquistas de las regiones lejanas, se en-

contraban entre aquellas serranías y se habían agrupado muy especialmente delante de aquel cerro del «Pájaro Negro».



En la cima de aquel cerro se alzaba todavía una pequeña ciudad donde vivían en paz y amor las familias de los más famosos capitanes de uno y otro bando... ¡Cosa rara!... Los reyes y jefes enemigos que se hacían la guerra algunos años antes por entre las fragosidades de los cerros, habían convenido para bien de unos y otros, en tener una ciudad neutral, es decir, una población donde ninguno podría entrar en son de guerra... ¡ni había de pertenecer á nadie!... Allí irían las familias de los que combatían; allí, los huérfanos y las viudas irían á pasar tranquilos y asegurados su existencia, porque todos los enemigos habían asegurado solemnemente respetar la población... ¡Simpática, sublime ciudad de venerables ancianos, de hermosas viudas, de lindas jóvenes huérfanas de pobres y graciosos niños y de preciosísimas inválidas!...

Estaba edificada, como ya os dije, en lo más

alto de una montaña que estaba resguardada de los vientos por otras que se elevaban á su alrededor... Allá en sus faldas brotaban maizales abundantes y en el fondo de las cañadas



había bosques espesos de magníficos platanales, vencidos por los enormes racimos de sus ricos frutos!...

Cortaban aquellos bosques arroyuelos cris-

talinos que proporcionaban agua á la hermosa ciudad donde reinaba con eterna primavera y constante bienestar una paz inalterable y preciosa.

¡Y era la ciudad asilo! ¡Era la ciudad donde podrían tener tranquilas existencias los que la guerra hubiese servido!

¡Y sin embargo, como una maldición de sangre que el fanatismo llevara desde lejos, se erguía en el centro de la villa un «teocali» azteca!...

¡Mas tengo que advertiros que en aquel «teocali» de la ciudad tranquila de la Paz y el Asilo, no se sacrificaba á nadie!

¡Allí no corría la sangre!

Un venerable sacerdote, muy anciano, vestido con larga túnica de algodón blanco, cuidaba del templo, donde el único ídolo consistía en un enorme «Colibrí» de oro sobre una roca hueca, en cuyo interior se guardaban los libros y jeroglíficos en que se leía al pueblo y á los niños la historia de «Quetzalcoatl», del anciano de la barba blanca, que atravesó las montañas predicando el amor y enseñando las artes y las industrias á los hombres!

.

* * *

Cuando era noche de luna, las hermosas doncellas de la ciudad salían vestidas con sus largas «huipillis» de tela azul con franjas de



«conchitas» y primorosos nácares y corales y colgando de su cuello y brazos zartas de perlas y campanillas de plata, entre caracolillo y di-

ges preciosísimos que producían tintineos argentinos y llenos de alegres armonías...

Aquellas blancas doncellas de la montaña, aquellas buenas almas que amaban á los desdichados, víctimas de las atroces y eternas guerras que se hacían los hombres unos contra otros allá abajo, aquellas lindas jóvenes que no habían conocido nunca las alegrías bárbaras de los tiempos sangrientos, ni tampoco los trágicos peares de las derrotas lúgubres, ni el llanto amargo de las viudas... Pero que eran compasivas y anhelaban aliviar los ajenos dolores y los extraños infortunios, entonaban himnos al «Espíritu del Mundo», que vive en las áureas regiones en palacios blancos, muy lejos de los hombres ó demonios, de los seres malos que se retuercen en las sombras de las Cavernas Negras, en el sombrío palacio lóbrego de «Mictlan», ó lo que es lo mismo: «El Infierno».



—¿Por qué esa ciudad de paz y de asilo, de piedad y buenas costumbres encaramada en lo

alto de una montaña á donde no podían llegar las venganzas y los horrores de la guerra y de las eternas persecuciones de los hombres? ¿Por qué tenía tan lúgubre nombre «El Pajaro Negro»?

La leyenda refiere en curiosos jeroglíficos, que allá hacía muchos siglos el buen «Quetzalcotl» que vagaba por los valles. llegó á un lugar donde se trababa una batalla espantosa entre los «mixtecas» habitantes de las montañas—y los «zapoticos»—que habitaban las partes más bajas y por eso más fértiles y ricas.

¿Por qué luchaban?...

¡Ya lo había comprendido desde un principio el sabio apóstol vagabundo que marchaba por aquellas regiones sembrando la semilla de su evangelio de amor y ciencia entre la antigua barbarie de aquellas regiones en aquellos tiempos... ya lo había comprendido el buen «Quetzalcotl», la lucha era porque unos hombres querían arrebatár á los otros—con el derecho de ser más fuertes.—sus terrenos y posiciones, gritando que su justicia quería hacerlos felices gobernándolos por la fuerza—como es en resumen la historia de todas las conquistas!...

Llegó la noche, después de una encarnizada batalla... muchos eran los heridos, muchas las madres que lloraban sobre los cuerpos de sus hijos y muchas las viudas, y el buen «Quetzal-

cotl» solía darles alivio... mas ¿á dónde llevarlas?... Entonces vió levantarse del fondo de un torrente un pájaro negro... que pasó rozándole



con sus alas hasta perderse recto en el horizonte, rumbo á una alta montaña...

—¡Hijos míos, hijos míos, hacia allá, id allí que esa es la voluntad del Supremo; allí uníos

todos los infortunados, elevándose hasta lo alto de la montaña de la paz, sobre las contien-
das humanas!

Desde entonces se pobló la cima de aquella montaña, allá entre las sierras, surgiendo una hermosa villa, cuyo templo tenía su gran roca hueca sobre la que surgían enormes «colibrís de oro!»



¿Y sabéis por qué la atacan los aliados de los españoles y estos mismos con gran furia?

Es que el gran «Cuanhtemoc» ordenó á sus más valientes amigos, á sus capitanes mejores que se habían podido escapar de la humillación de ser ocupados como peones españoles sobre las ruinas de los palacios «aztecas», que se fuesen á concentrar á lo alto de la ciudad de la Paz y del Asilo. llevando allí á sus mujeres para que no fueran humilladas por los vencedores blancos.



Estos habían extendido por todas partes sus conquistas: Xalisco e iba siendo conquistado, después de que en Michoacan, los jefes españoles cometían horribles crueldades para obtener el oro de los antiguos reyes de aquellas ricas comarcas; más hacia el Norte seguían los caudillos en busca siempre de o o... mientras hacia el Sur, Cristobal de Olid, allá en Honduras, veicedor en Guatemala, y por todas aquellas fértiles y hermosas regiones quiere ser rey y desconoce la autoridad de Cortés y se revela contra él con toda audacia...

¡Lo mismo había hecho Cortés con su superior Diego Velázquez, gobernador de Cuba, que fué quien mandó á Cortés á la conquista de México!

¡Olid hizo con su amo Cortés; lo que éste hizo con su amo Velázquez!... ¡Cosas de la vida!... «¡El que á hierro mata á hierro muere!»



Hernán sabe que en lo alto del cerro de «Pájaro Negro» está la princesa más querida de «Cuanhtemoc», la que no había sido hecha prisionera, y creyendo que ella pudiera haberse

llevado y tener ocultos los tesoros de los reyes de México, envía un ejército de «Tlascaltecas, texcoquenses, xicalauucas, xoclsimilcas, lepanecas y zapotecas», acompañados por capitanes españoles de los que acababa de recibir de España... ¡Horda de nuevos aventureros ansiosos de botín!...

—¡Id á traerme la caja de piedra del «teocalli» de «El Pájaro Negro»... La princesa real «mexica» os dirá donde se encuentra... trayéndome esa caja todos seremos riquísimos príncipes...

He aquí porqué se trabaron espantosas batallas; he aquí porqué millares de indios aliados fueron arrojados en montones á los abismos... ¡Los aztecas defensores de la ciudad, desprendieron por fin la inmensa, la formidable roca sobre la que estaba asentada la primorosa villa y su templo... ¡Diez mil aztecas trabajaron noche y día en poner entre las grietas de la roca, troncos de árboles, miles de troncos de árboles!... ¡Y luego ved qué horrible catástrofe!... Luego regaron con agua los troncos... se dilató la madera, la roca se fué levantando, levantando... se escuchan cincuenta mil gritos de horror y luego un crugido formidable y fulminante como de cuatrocientas mil bombas estallando en un segundo!...

¡Toda la ciudad feliz, la dulce y grata villa del amor, la ternura y el olvido se elevó en su montaña, vaciló sobre su inmensa roca y de súbito rodó á los abismos de los barrancos negros, arrastrando en su caída á los millares de enemigos, que rodaron también á los abismos, haciendo retemblar la tierra, estremeciendo las montañas próximas!

¡Hermosa catástrofe del heroísmo por la patria!...

FIN